

## Maria-Henriëttalei

Las clases habían sido un auténtico coñazo, pero la época de exámenes se acercaba y no podía permitirse restar puntos; los necesitaba todos para poder pasar el trimestre sin ninguna asignatura colgada. Debía centrarse y sacar todo el curso para poder hacer el viaje veraniego a Ibiza que tanto deseaba. La Universidad no era exactamente como ella había pensado. Quizá fuese porque la de Amberes era una universidad pequeña. Ella había esperado más dinamismo, más emoción, más... aventura.

Mientras recorría Prinsstraat hacia la parada del bus que le llevaría al barrio de Hoboken, donde residía con su padre, iba tan sumida en sus pensamientos que no reparó en la ambulancia que la seguía, circulando despacio, apenas tres metros por detrás de ella.

Élise Janssens casi se tropieza con la mujer rubia que pareció de pronto en la esquina con Venusstraat. La mujer, de pelo corto, con gafas de sol negras y una cazadora de piel blanca, llevaba un plano de la ciudad en la mano. Le sonrió y le preguntó:

— Perdona, ¿puedes indicarme por dónde debo ir para llegar a la Catedral?

Élise se volvió para indicar la dirección a la mujer, por eso no pudo ver que la ambulancia se había detenido a su altura y de ella se habían bajado dos hombres, uno de ellos desplegando una camilla. Antes de poder terminar las indicaciones a la mujer rubia, notó un ligero pinchazo en el cuello y una manta térmica le rodeó el cuerpo. Quiso levantar las manos para desembarazarse de la manta, pero no fue capaz; sintió cómo las piernas le flojeaban y creyó que iba

a caerse al suelo, pero unos fuertes brazos la sujetaron y la hicieron levitar, abandonando el suelo como si estuviese en el sueño, repetitivo desde que tenía cinco años, en el que nadaba por el aire. Lo último de lo que fue consciente, antes de perder el conocimiento, fue que la depositaban en un mullido suelo, volvía a tener la sensación de nadar en el aire, y, allá a lo lejos, oyó cómo se cerraba una puerta.

“Te necesito para un trabajo. Ven a Londres cuanto antes”. Ese había sido el escueto mensaje que le había enviado Siaka Kamara; un mensaje breve que la había activado, la había cargado de una energía de la que carecía desde que había vuelto a su casa de Tallín hacía dos meses, el tiempo que hacía que había terminado su último trabajo. A Alexandra – Shura para todos aquellos que trabajaban con ella – Ivanova cada vez le costaba más estar en su casa; en realidad, cada vez le costaba más estar en cualquier sitio si no estaba trabajando. Al menos, se había librado del pequeño pueblo donde había nacido, Arumäe, cercano a la frontera con Rusia. Lo detestaba. No tenía, para ella, el menor atractivo.

La reunión, en un discreto reservado del pub The blue parrot & the green dog, sito en el Soho, había transcurrido, frente a un par de ensaladas especiales acompañadas de dos pintas, con la cordialidad habitual entre ambos. Siaka Kamara le caía bien y trabajaban bien juntos, pese a que uno lo hiciese como empleador y otra como empleada. El trabajo consistía en dos fases; en primer lugar, tenía que convencer a un lapidario, Peter Janssens se llamaba, de que tenía que trabajar para ellos cortando unas piedras; en segundo lugar, había que transportar las piedras talladas hasta su destino final en Nueva York. En total, unos catorce o quince meses aproximadamente. Con Siaka Kamara todo se solucionaba rápidamente: la tarifa habitual y una gratificación al final del trabajo si todo salía como se esperaba.

El sofá de la casa de Peter Janssens era cómodo, muy cómodo. Llevaba sentada en él cerca de treinta minutos cuando oyó la llave en la cerradura y el

ruido de la puerta al cerrarse. Por el arco que delimitaba la entrada de la sala asomó una esbelta figura que tenía una cara alargada con una nariz prominente.

“Por suerte para ella, la hija debe parecerse a su madre” pensó Shura. En su caso no era así. O, en realidad, sí; a medias. Tenía casi el mismo tipo que su madre, una guapa campesina de Arumäe, con el pelo casi igual, aunque el suyo un poco más claro. Sin embargo, el carácter y, sobre todo, los ojos claros, eran los de su padre, un ruso que había recalado en esa pequeña población estonia huyendo de un oscuro pasado que jamás había logrado averiguar. Por suerte, su padre había apreciado la inteligencia que ella tenía y había puesto todos sus medios para que estudiase. Eso y el espartano entrenamiento militar con el que la había aleccionado desde pequeña. Nunca se lo agradecería bastante porque, ambas cosas, le habían salvado el culo en más de una ocasión.

Peter Janssens se quedó parado, debajo del dintel que formaba el arco, con cara de asombro.

— ¿Qué hace usted en mi casa?

— He venido a proponerle una oferta de trabajo muy ventajosa para usted.

— Pero qué... ¿está loca? ¿Se cuela en mi casa para ofrecerme trabajo? Ya tengo un trabajo y se larga ahora mismo de mi casa.

Los dos extrajeron sus móviles al mismo tiempo.

— Antes de que haga cualquier tontería con ese teléfono, como llamar a la policía, escuche la proposición que le voy a realizar – hizo una pequeña pausa que aprovechó para levantarse del sofá y situarse a su lado –. Es muy importante.

Peter Janssens tuvo la extraña sensación de que aquella mujer podía ser peligrosa si se lo proponía.

— Necesitamos que corte unas piedras para nosotros. Será un trabajo de un año, más o menos, por el que se le pagarán dos millones y medio de francos, que es más del doble de su salario anual actual. El trabajo se desarrollará en Surat, en la India.

— Usted está loca... por nada del mundo iría a trabajar a la India, aunque me pagasen todo el oro del mundo... tengo mi trabajo y mi vida aquí...

— Piénselo bien, es una oportunidad muy ventajosa.

— No tengo nada que pensar... y quiero que salga inmediatamente de mi casa o llamo a la policía.

— Está bien – Shura marcó un número de teléfono en su móvil mientras hablaba –, pero recuerde que la oferta que le hice fue generosa – giró un poco la cabeza y habló hacia el móvil –. Que se ponga.

Con un gesto rápido le tendió el móvil al hombre.

— Su hija quiere hablar con usted.

La cara de Peter Janssens no era de sorpresa, sino de incredulidad. Tanto que no fue capaz de coger el teléfono que la mujer le ofrecía.

— Su hija espera para hablar con usted.

El tono frío con el que la mujer se dirigía a él le hizo temer lo peor.

— Nnnno... no puede ser... Élise se queda a dormir muchas veces en casa de una amiga suya...

Shura Ivanova no dijo nada, se limitó a realizar un gesto con el teléfono en la mano.

Finalmente, Peter Janssens, cogió el aparato y habló.

— ¿Diga? ¡Élise, hija! ¿Dónde estás?... ¿dónde?... ¿en la selva? – desvió la mirada hacia la mujer – ¿qué selva?... ¿estás bien?... ¿seguro?... Sí, hija, claro que te sacaré de ahí... no te preocupes... sí... ¿Élise?... ¿Hola?... ¿Hola?... ¡Élise!

Con cara enfurecida le tendió el teléfono a la mujer.

— ¿Dónde está mi hija? ¿Qué le han hecho?

Shura Ivanova no perdió la calma. Recogió su teléfono de la mano del hombre y habló con tono mesurado y peligroso.

— Cállese y céntrese. Su hija está bien, no ha sufrido daño alguno – se volvió hacia el sofá en donde tomó asiento de nuevo y cruzó las piernas –. Se encuentra en un pequeño poblado minero de Sierra Leona... custodiada por mis amigos.

— ¿Sierra Leona...?, pero... si ayer desayunamos juntos...

— La cogimos ayer al salir de la universidad y, esa misma noche, durmió allí.

Shura Ivanova se calló y dejó pasar unos minutos para que el hombre se diese cuenta de la profesionalidad con la que se había realizado el secuestro. Élise Janssens, se encontraba, después de un viaje de siete horas de duración en un vuelo charter privado, en una pequeña cabaña del pueblo minero creado en Mansonia.

— Ahora, céntrese y escúcheme con atención. Usted va a solicitar una excedencia en su trabajo, de un año; alegará que quiere realizar un largo viaje que lleva planeando varios años. Hará ese viaje, pero su destino será Surat, en donde cortará unas piedras para nosotros. Trabajo por el que cobrará su salario habitual de un millón doscientos cincuenta mil francos. En el momento en el que usted esté instalado en la India trabajando para nosotros, dejaremos a su hija aquí para que pueda seguir con sus estudios y en cuanto termine el trabajo, lo devolveremos a esta hermosa casa para que los dos puedan seguir con su vida.

Hizo una pausa para que el hombre procesase toda la información que le había proporcionado. Descruzó las piernas y se inclinó ligeramente hacia adelante.

— ¿Lo ha entendido? – viendo que el hombre no solo no respondía, sino que tenía una expresión estúpida, volvió a preguntar –. ¿Ha quedado todo claro?

— Ssssí... – Peter Janssens habló en tono casi inaudible al dirigirse a la mujer – por favor... no le hagan nada a mi hija... por favor...

Se despertó con la boca pastosa en el sofá de la sala de su casa. Una vez que reconoció la habitación suspiró y, mientras se incorporaba y quedaba sentada, llamó en voz alta.

— ¿Papá?

La voz sonó a su izquierda, pero no era la de su padre.

— No está.

Giró la cabeza y descubrió a la mujer rubia de pelo corto que le había, días atrás, preguntado por la catedral en la calle.

— ¿Quién es usted...? ¿Dónde está mi padre?

La mujer respondió muy tranquila, como si estuviese en su propia casa.

— No te importa. Tu padre está en la India, trabajando para nosotros.

— Pero eso no puede ser... él tiene su trabajo aquí...

— Ya no. Se ha pedido una excedencia y ha considerado nuestra oferta muy... interesante.

La mujer extrajo del bolsillo un móvil y realizó una llamada.

— Que se ponga – tal y como había hecho con el padre, le tendió el teléfono a la hija –. Tu padre quiere hablar contigo.

— ¿Papá? Sí, estoy bien... en casa... sí, perfecta... una mujer rubia de pelo corto... sí... ¿dónde estás?... ¿qué haces en la India?... ya... ¿cuándo vas a volver?... ¿un año?... sí, entiendo... yo también te quiero... ¿papá?... ¿papá?

La mujer recogió el móvil de la mano de Élise Janssens, lo guardó en el bolsillo y cruzó una pierna sobre la otra.

— Atiende y céntrate. Tu padre estará más o menos un año trabajando para nosotros en la India. Tú seguirás con tu vida y tus estudios. Si alguien te pregunta por él, responderás que se ha pedido una excedencia y se ha ido de viaje por el mundo, que ya lo llevaba planeando desde hacía tiempo – hizo una breve pausa y la miró con fijeza –. No hace falta que te diga que no debes acudir a la policía, ¿verdad?

Élise asintió y la mujer continuó tendiéndole un papel con un par de números escritos.

— Aquí tienes un número de teléfono al que lo podrás llamar cuando quieras y otro número de teléfono al que me podrás llamar por si tienes algún problema: dinero, estudios, algún imbécil que se meta contigo... — hizo una nueva pausa en la que acentuó la mirada intensa —. ¿Lo has entendido?

Élise Janssens afirmó con un movimiento de cabeza.

— No le harán nada... ¿verdad?

La mujer se levantó del sofá y se encaminó hacia la puerta.

— No te preocupes, no es más que una transacción comercial. En cuanto termine el trabajo volverá y seguiréis con vuestras vidas como si esto nunca hubiese sucedido.

Antes de llegar a la puerta de salida, se volvió y, con el mismo tono y gesto que había utilizado hasta ese momento, añadió:

— Y no hagas gilipolleces, aprovecha el tiempo y saca tus estudios, es lo único que te salvará en esta vida.

Shura Ivanova se dio la vuelta y abandonó la casa de los Janssens.

La pequeña casa, situada en el 26-B de Maria-Henriëttalei, estaba constituida por bajo y primera planta y su fachada era de ladrillo rojo. Ni el murete que delimitaba el pequeño jardincillo delantero, ni la puerta, reflejaban ningún nombre. Bishop sabía que esa era la dirección correcta y accionó el timbre; no porque esperase que hubiese nadie en la casa, sino para asegurarse de que no lo había y poder entrar a investigar a sus anchas. Oyó unos ligeros pasos dentro y, segundos después, la puerta se abrió. En el dintel apareció la figura espigada de Élise Janssens.

— ¿Qué se le ofrece?

Había hecho bien en ir vestido con el traje, lo iba a necesitar para el papel.

— Buenos días. Quisiera hablar con Peter Janssens, por favor.

— ¿De parte de quién?

La mirada escrutadora de la chica estaba impregnada de desconfianza, era una especie de brillo receloso que Bishop había visto en innumerables ocasiones. Aquel entrenamiento periódico en el que les hacían identificar los sentimientos de una persona observando tan solo sus ojos, le había servido de mucho. Le había, incluso, salvado la vida en un par de ocasiones. Pero la mirada de Élise Janssens no era peligrosa, sino todo lo contrario; era una mirada temerosa y desconfiada.

— Mi nombre es John Smith y represento a El Amanecer, la aseguradora de la empresa en donde trabaja Peter Janssens.

La chica apartó ligeramente la melena de la cara.

— ¿Puede identificarse?

— Por supuesto.

Bishop sacó del bolsillo superior de su chaqueta una tarjeta identificativa en la que se podía apreciar, además de su fotografía y el nombre de John Smith, un anagrama que reflejaba un sol dorado emergiendo del mar y las letras, en color amarillo, que conformaban el nombre de la empresa aseguradora. Con la mano firme sostuvo la identificación de la empresa delante de los ojos de Élise Janssens que, después de escrutar la fotografía y compararla con la cara de Bishop, asintió.

— Mi padre no está en casa.

Bishop cabeceó reflejando un disgusto muy profesional.

— Verá, lo cierto es que nos urge bastante hablar con su padre... — hizo un gesto confidencial —, es un tema delicado... ¿me permite pasar y le explico cuál es la situación?

Élise, tras dudar unos segundos, se hizo un lado y le franqueó el paso. Bishop entró en la casa y esperó indicaciones de a donde dirigirse. Élise Janssens entró en la sala y, mientras se sentaba, le señaló el sofá.



— Siéntese, por favor.

— Gracias, verá señorita... – Bishop dudó como un buen profesional, sabía perfectamente con quien estaba hablando.

— Élise.

— ... señorita Élise, se ha comprobado que cierto material de la empresa ha desaparecido – ante la cara de sorpresa de Élise se apresuró a tranquilizarla –, no, no se preocupe, no sospechamos de su padre, faltaría más... pero, dada la naturaleza del material sustraído, tenemos el deber de hablar con todos los empleados para descubrir si han sido testigos de algún hecho raro o extraordinario que se haya producido en los últimos meses... por eso necesitamos hablar con él...

— Verá, señor...

— Smith – Bishop esbozó su mejor sonrisa.

— Señor Smith, mi padre se encuentra de viaje, fuera del país... – levantó el hombro izquierdo a modo de disculpa –, haciendo un viaje alrededor del mundo... en realidad no sé exactamente en donde está... me llama de vez en cuando, cada vez desde un sitio distinto.

Élise volvió a realizar el gesto del hombro, como dando a entender que no podía hacer más.

James Bishop tuvo, escuchando a Élise, dos certezas; la primera, que la chica había recitado toda la frase como si fuera una lección aprendida de memoria, incluso con las breves pausas dubitativas que había deslizado entre medias; sin duda esta chica llegaría lejos porque, para lo joven que era, no había perdido el aplomo ni un solo instante. La segunda que, sin duda de ningún tipo, su padre era el hombre que estaban buscando.

— Vaya... qué lástima. Seguro que se hace cargo de la importancia del asunto, Élise... así que, cuando su padre vuelva a contactar con usted, por favor, dígame que se ponga en contacto con nosotros – esbozó de nuevo su mejor sonrisa –, de la forma habitual... él ya sabe nuestro número.

Bishop se levantó del sofá, tendió la mano a Élise Janssens y, después de agradecerle su colaboración, se despidió. Mientras abandonaba la casa de la fachada de ladrillo rojo pensaba en que el viaje con dos escalas – de Bruselas a París, Delhi y, finalmente, Surat – se le iba a hacer largo.